0 5 3 1

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOCOS DE AMOR

ZARZUELA EN UN ACTO

LETRA DE

D. EMILIO ÁLVAREZ

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullon.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1886.

LOCOS DE AMOR

ZARZUELA EN UN ACTO

LETRA DE

D. EMILIO ALVAREZ

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO.

Estrenada en el Teatro de MARAVILLAS de Madrid el día 9 de Julio de 1886.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1886.

PERSONAJES.		ACTORES.
JUANA.....	SRA.	D.ª BALBINA IGLESIAS.
DON AQUILINO.....	SRES.	D. VENTURA DE LA VEGA.
EL DOCTOR RAMÍREZ...		D. JOSÉ TALAVERA.
AMADEO BUSTAMANTE..		D. ALFREDO SUAREZ.
JORGE.....		D. EMILIO CARRERAS.

Esta obra es propiedad de D. FLORENCIO FISCOWICH, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galeria Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Patio de la casa del Doctor cuya fachada interior ocupa todo el fondo extendiéndose por la izquierda hasta el proscenio las habitaciones del establecimiento destinadas á los enfermos: en frente, y cerrando todo el lado de la derecha, una dependencia de la casa que termina en un pabellón amueblado con piano. y con ventana frente al público.

ESCENA PRIMERA.

Gran algazara y vocerío en la izquierda. JORGE llega por la derecha y toca la campana de orden que se halla colgada en la fachada del departamento de los enfermos, restableciendo el silencio.

MÚSICA.

JORGE. ¡Qué horrible algazara!
Vamos á callar,
ó establezco á palos
la tranquilidad.
(Gran silencio.)

ESCENA II.

JORGE: JUANA.

JUANA. Jorge.

606950

JORGE. Señorita.
JUANA. No los hagas mal.
Míseros dementes
llenos de bondad:
víctima son todos
de su amor voráz.

ESCENA III.

JORGE: JUANA: D. AQUILINO.

AQUIL. (Llegando de pronto y acorcándose con la mayor reserva á Juana y á Jorge.)
Estos pobres locos
lástima me dán:
cuando más los mimo
alborotan más.
(Recorriendo la escena con el aturdimiento propio de un demente.)
Ya no oigo una mosca;
ya se hallan en paz.
Todos están locos:
bueno: bueno va.
(Restregándose las manos de gusto y alejándose.)
JORGE. Tú sí que estás bueno.
JUANA. Tú sí que lo estás.

—

AQUIL. Cuando se exciten
y se alboroten
que los azoten
sin compasión.
Yo daré á todos
cura suave
con un jarabe
de mi invención.
Y una de dos
va á suceder:
ó los curo de un tirón
ó revientan de una vez.
Lo he de ver yo;
lo ha de ver él:
(Designando á Jorge.)

lo has de ver tú
y ellos también.

(Se va corriendo por la derecha.)

JORGE y JUANA. ¡Pobre señor,
lástima es!
Está hoy peor
que estaba ayer.

(Jorge sale detrás de D. Aquilino.)

ESCENA IV.

JUANA.

En esta casa todos están
locos de amor.
Por tan terrible enfermedad
suspiro yo.

—

El amor es un tirano
que me oprime y me recrea;
y cuanto es más inhumano
mucho más me regodea.
Que es temible, sí;
que le temo, no:
si es voluble, ah!
si es constante, oh!
Ya que ello ha de ser
venga ya el doctor:
no hay mayor placer
que enfermar de amor.

—

Ya me pide mi deseo
un galán con dos millones
que me siga en el paseo,
y que ronde mis balcones.
Si me adora, bien;
si me cela, bah!
¡Si me mira, uy!
¡Si suspira, ay!
Breve es el placer;
largo es el pesar:
ya que ello ha de ser
yo quiero enfermar.

ESCENA V.

HABLADO.

JUANA: el DOCTOR RAMÍREZ.

RAM. Jorge. (Saliendo.)
JUANA. Mi padre.
RAM. ¿Tú aquí?
JUANA. He venido hace un instante.
RAM. Puedes entrar y salir
sin que te lo impida nadie.
Todo está en silencio: reina
la quietud por todas partes.
Ningún enfermo se queja
ni sufrió el menor ataque;
y en el último periodo
de su curación notable
se halla alguno de esos pobres
desventurados amantes:
lo cual prueba la excelencia
de mi plan; ¡plan admirable!
Noble empleo el de curar
ese órgano importante
que ensalza y distingue al hombre
de los demás animales.
¡Locos de amor! ¡qué locura
tan bella é interesante!
Así mi establecimiento
goza de fama envidiable.
Á él acuden á docenas
enfermos de todas clases:
gotosos, hipocondriacos,
tísicos á centenares;
y yo los contesto: id
á curaros á otra parte.
El doctor Ramírez no
quiere curar otros males
que el de locura de amor.
¡Oh, qué enfermedad tan grave!
JUANA. ¡Espantosa!

RAM. Y al sonar
la explosión, ¡qué estragos hace!
Uno de esos infelices
en un frenético arranque
ahogó al que iba á ser su suegro
porque aplazaba su enlace.
Otro halló á su bien amada
con un *quidam* en la calle,
y aplastó de un solo golpe
á ella y al acompañante.
Y otro, el más inofensivo,
de una esposo, de otra amante,
loco de amor y de celos
por una y por otra parte,
mató á dos mujeres, por
no saber con cuál quedarse.
Y ahí los tienes, tan pacíficos,
tan dóciles y tratables,
que parece que en su vida
han incomodado á nadie.
Dígalo don Aquilino.

JUANA. Ese sí que es incurable.
Y obstinado en protejerme;
y empeñado en que es mi padre.

RAM. El pobre perdió á una hija
fruto de un amor culpable,
y perdió el juicio al perderla,
y por tí quizá le gane.
También usurpa mi nombre,
y se apropia á cada instante
mi título de doctor.

JUANA. Y á su placer entra y sale:
es el único que aquí
anda suelto.

RAM. No te extrañe:
entra en mi plan curativo.

JUANA. Ahora pretende casarme
con un joven noble y rico
y modelo de galanes.

RAM. ¿Ves? Los niños y los locos
dicen siempre las verdades.

JUANA. ¿Cómo?

RAM. Como ese es mi plan.
¿Nunca has pensado en casarte
JUANA. Lo sueño todos los dias.
RAM. ¿Y si al fin se realizase
tu sueño?
JUANA. ¿Qué dice usted?
RAM. Sí, hija mía: tiempo hace
que te he buscado marido
digno de tí.
JUANA. ¡Qué buen padre!
¿Joven?
RAM. Veinticinco años.
JUANA. ¿Buen mozo?
RAM. No hay quien le gane.
JUANA. ¿Leal?
RAM. Como un perro de aguas.
JUANA. ¿Y rico?
RAM. Un millón de reales.
Cuando tú le veas... tú
de él no puedes acordarte,
ni yo tampoco: tenía
seis años cuando su padre,
mi mejor amigo, tuvo
que partir á Buenos-Aires.
JUANA. ¡Ah! ¿Se trata de Amadeo?
RAM. Amadeo Bustamante.
Hace veinte años quedó
concertado vuestro enlace;
y en su última carta, llena
de mil cariñosas frases,
me recuerda el compromiso
de tu unión.
JUANA. Pues por mi parte...
RAM. Celebro hallarte propícia...
JUANA. Teniendo esas cualidades...
RAM. También me anuncia su próxima
llegada.

ESCENA VI.

JUANA: RAMÍREZ: JORGE.

JORGE. Una carta.
RAM. Dáme.
Un loco más que confian
á mi celo infatigable.—
(Leyendo la carta.)
«Señor doctor, recomiendo
»á usted, y envío delante,
»á un primo mío, que se halla
»en estado lamentable.
»Nació con un corazón
»tierno, apasionado, amante;
»prendóse de una mujer
»que murió al ir á casarse,
»y este funesto accidente
»dió con su razón al traste.»—
¡Pobre hombre!
JUANA. ¡Pobre mujer!
RAM. «La busca por todas partes,
»y yo le he dicho que habita
»esa casa; irá esta tarde:
»restituya usted el juicio
»á ese infeliz: como él sane
»poco es toda mi fortuna
»en premio de acción tan grande.
»Queda suyo, Nicolás
»Benavides y Rosales.»—
JUANA. ¿Rosales? Ese opulento
banquero...
RAM. ¡Un gran personaje!
Y me ofrece su fortuna
si curo al primo.
JUANA. Á curarle.
RAM. Yo le curaré: á filántropo
á mi no me gana nadie.—
«*Postdata*? mi pobre primo
»sufre violentos ataques,
»sobre todo, cuando habla

»por primera vez con alguien.»—
Jorge saldrá á recibirle.

JORGE. ¡Canario!

RAM. Y no le maltrates,
ni le contradigas.

JORGE. Bueno;
no haya miedo que me canse
en porfiar con los locos.
Haré lo mismo que enantes
con don Aquilino: estaba
dale conque es *méico*, y dale
conque es dueño de esta casa;
y se empeñó en aumentarme
el salario, y sacó un duro...

RAM. Y tú...

JORGE. Le tomé.

RAM. (Sacudiéndole.) ¡Tunante!

JORGE. Pero señor, no me tiene
usted dicho que es muy grave
contradecir á los locos?

RAM. Trae ese duro al instante.

JORGE. ¿Y se le va usté á guardar?

RAM. Haré lo que más me agrade.
(Suena un campanillazo.)
Han llamado.

JORGE. Sí señor.

RAM. Este debe ser Rosales.

JORGE. ¿El loco nuevo?

RAM. Anda á abrir.

JORGE. ¿Yo? (Haciéndose el remolón.)
(Pues si otro no le abre...)
(Otro campanillazo.)

RAM. Vete tú. (Á Juana.)

JUANA. Quisiera ver
al nuevo pupilo antes.

RAM. Tiempo te queda de verle.
(Otro campanillazo.)
¿No vas á abrir?

JORGE. Si no es nadie.

RAM. ¿Cómo nadie? Pues no oyes
la campanilla?

JORGE. Es el aire.
JUANA. ¿Tienes miedo?
JORGE. No señora.
JUANA. Quita de ahí; no seas cobarde. (Vá á abrir.
(Otro campanillazo.)
RAM. Quédate tú aquí.
JORGE. ¿Y usted?
Preciso es que usted le hable.
RAM. Luego: después que tú hayas
sufrido el primer arranque.
Abre ahora.
JUANA. (Volviendo.) Ya no es preciso.
¡Qué guapo es, y qué elegante!
RAM. ¿Le has visto?
JUANA. Sí: una miajita;
por el ojo de la llave.
RAM. ¿Pero has abierto?
JUANA. Sí.
RAM. Vamos
adentro: tengo que hablarte.
Tú, Jorge; aguanta el primer
embite y no le maltrates.
(Se van Ramírez y Juana.)

ESCENA VII.

JORGE: AMADEO.

AMADEO. (Saliendo airadamente con el cordón de la campanilla en la mano.)
¿Qué casa es esta? He tirado
del cordón hasta arrancarle,
y después de veinticinco
campanillazos, me abren
sin que sepa quién ha sido,
y sin lograr ver á nadie.
¿Habrá sido este zopenco?
¿Has sido tú?
JORGE. (Huyendo.) ¡Dios me ampare!
Bien dice la carta; es
furioso... ¡Qué gestos hace!
AMADEO. ¿Vive aquí el doctor Ramírez?
JORGE. Si señor.

AMADEO. Pues ve á llamarle.
JORGE. Ha salido; pero pronto
volverá.
AMADEO. Fuerza es que aguarde.
¿Dime, es cierto que su hija
es joven, bella y amable?.
JORGE. (Ya se exalta: convendrá
ponerse fuera de alcance.)
AMADEO. ¿No contestas? ¿Por qué huyes?
JORGE. Es que me ha dado un calambre.
AMADEO. Ven aquí.
JORGE. (Como me toque
le voy á dar un atraque.)
AMADEO. Couque tu ama...
JORGE. Mi señora...
mi señorita...
AMADEO. Adelante.
JORGE. ¡Es la rubia mas divina!...
AMADEO. ¿Es rubia?
JORGE. Como un arcángel.
Con unos ojos azules...
AMADEO. ¿Azules?
JORGE. Y con un talle...
y una naríz... y una boca...
y una... y un. .
AMADEO. ¿Qué? No te pares:
sigue.
JORGE. (¡Qué ojazos me echa!)
(¡Si yo pudiera escaparme!)
AMADEO. (Me parece que este chico
se resiente de los aires
que reinan en esta casa.)
JORGE. ¿Quiere usted que le acompañe?
AMADEO. ¿Adónde?
JORGE. Al departamento...
Digo: al respectivo catre...
quiero decir: á su jaula.
AMADEO. ¿Eh? Yo prefiero instalarme
al lado de mi futura.
¿Está en casa?
JORGE. Sí.
AMADEO. Anda á escape.

ve á decirla que aquí estoy.

JORGE. (Para el tonto que la llame.)
(Se figura que es la muerta;
y en cuanto se desengañe,
y le acometa la crisis...)

AMADEO. ¿Dejarás de hacer visajes?

JORGE. Voy á pasar el aviso:—
pero convendría que antes
se acicalara usté un poco.

AMADEO. Es cierto: he venido á escape...
Conviene arreglar primero
el desórden de mi traje.

AQUIL. (Dentro.) ¡Jorge!

JORGE. (¡Esta sí que es buena!)
por si no hubiera bastante
con uno, viene ahí el otro.
Lo que es por mí aunque se maten:
allá se las campanéen,
que á mi no hay quien me eche el guante.
(Sale corriendo.

ESCENA VIII,

AMADEO: D. AQUILINO.

AMADEO. ¿Eh?... ¡Muchacho!... ¿Á Dónde va?
A juzgar por las señales
no hay uno que esté en su juicio
en esta casa de Orates.

MÚSICA.

AQUIL. (Con una gran retorta de vidrio en la mano, cuyo contenido contempla con aire complacido.)
Aquí está la unión sólida
del hombre y la mujer:
el gran problema químico
logré al fin resolver.
Merced al filtro mágico
que acabo de inventar,
las almas de los míseros

mortales se unirán
El sentimiento cándido
de virginal amor
será verdad purísima
sin mezcla de ficción.
Gozad felices cónyuges
del casto parabien:
aquí está la unión sólida
del hombre y la mujer.

AMADEO. Su aspecto nobilísimo,
me llena de emoción.
Este es el sábio célebre,
éste es el gran Doctor.

—

AQUIL. (Llamando.)
¡Juana! ¡Hija mía!

AMADEO. ¿Juana?

AQUIL. Ah, caballero.

AMADEO. ¿Conque es usted su padre?
¡Dichoso encuentro!

AQUIL. Soy médico, alquimista
y farmacéutico;
y dueño de la casa
que está usted viendo.

AMADEO. Déme usted un abrazo,
querido suegro.

AQUIL. ¡Yerno de mis entrañas!
llegas á tiempo.
Ya te espera mi hija.

AMADEO. Verla deseo,

AQUIL. ¿Conque eres su futuro?

AMADEO. Soy Amadeo.

AQUIL. ¡Amadeo del alma!
¡cuánto me alegro!
Dame cincuenta abrazos.

AMADEO. Tome usted ciento.

—

(Disponiéndose á bailar y haciendo piruetas)
En tu casamiento
voy á bailar yo.
Mira tú qué gracia!
¡mira qué primor!

AMADEO. ¡Ay, qué extravagante
es el buen señor!
Todos estos sabios
tienen ese humor.

AQUIL. Aunque te parezca,
viejo sesentón;
toco una guitarra
y aunque sean dos.
Canto más que el gallo
cuando estoy de humor:
y para que veas,
ahí va una canción.

AMADEO. ¡Qué recibimiento
tan encantador!
Ya me ha contagiado
su jovial humor.

—

AQUIL. Ayer tarde ví yo á mi chiquilla,
y apenas la ví,
como que es inocente y sencilla
se vino hacia mí.
Yo la vide cogiendo una rosa,
cogiendo un clavel;
yo la dije, me dás una rosa,
me dás un clavel?

—

Junto á la fuente,
del Arrayán
iba jugando
con un galán;
y yo la dije
lleno de afán:
cuida los peces,
échalos pan;
coge las flores
que se te ván.
Tilín, tilín;
Talán, talán.
Á la jota, jota
de los caracoles;
vale más mi niña
que peces y flores.

Á la jota, jota
de las sabandijas!
quien quiera naranjas
que vaya á la China.
¡Ole con ole!
que no hay doctor
que cante y baile
con más primor.

—

AMADEO y AQUIL. (Bailando y saltando.)
Á la jota, jota
de los caracoles;
vale más mi niña
que peces y flores.
Á la jota, jota
de las sabandijas!
quien quiera naranjas
que vaya á la China.
¡Ole con ole,
que no hay doctor,
que cante y baile
con más primor.

HABLADO.

AQUIL. ¿Qué te parece?
AMADEO. Muy bien;
el semblante es el espejo
del alma, y al de usté asoman
los más bellos sentimientos.
Mas quiero ver á Juanita
y declararla mi afecto.
AQUIL. La verás.
AMADEO. Me arrastra á ella
secreta pasión.
AQUIL. ¡Soberbio!
Yo para vosotros dos
expresamente he compuesto
cierto experimento químico
de saludables efectos,
con el cual sereis felices

per omnia sécula séculum...

AMADEO. Por favor le pido á usted
que deje por un momento
la química, y si usted quiere
hablemos de Juana.

AQUIL. Hablemos.

AMADEO. Ya sabe usted que mi padre...

AQUIL. Tu padre es un majadero.

AMADEO. ¿Cómo?

AQUIL. ¡Pobre hombre! Es
un excelente sujeto.

AMADEO. Usted le conoce: son
ustedes amigos viejos.

AQUIL. Naturalmente: hemos sido
camaradas de colegio.
Cuando era niño, si vieras
qué malo era, qué travieso!
corría como una liebre;
volaba como un murciélago.
(Expresándolo todo con la acción precisa.)
Qué bien jugaba al peón,
y á la toña, y al «te veo,»
y al marro, y al escondite,
al paso, al quebranta-huesos,
¿pues y á la una le daba
la mula?... Y ahora me acuerdo:
sí; jugando á la rayuela
tenía yo ojo certero,
y tiré el tejo, y le dí
en las nalgas con el tejo.
Jugando á los toros, él
era el toro, y yo el torero;
y un día le despaché
de una buena recibiendo.
¡Qué risa!

AMADEO. ¡Qué hombre tan raro!

AQUIL. ¿Ves este establecimiento?
Está montado con todos
los adelantos modernos:
pues aquí donde le vés,
es mío, y yo soy su dueño.
Me ocupo en la curación

de una multitud de enfermos,
no del pecho, ni del hígado,
sino del propio cerebro.

AMADEO. ¡Qué lenguaje!

AQUIL. Pero el más
insano de todos ellos,
es ese pobre monómano
que toma á cada momento
mi nombre, y se cree padre
de mi hija; ese está en extremo...

AMADEO. ¿Sí, eh? (Pues no sé yo cuál
de los dos será el más cuerdo.)

AQUIL. Mira: hacia aquí se dirige:
sí quieres pasar el tiempo
quédate con él: verás
qué rato pasas tan bueno.
No me detengas: yo voy
á llamar á mi hija, y vuelvo.

AMADEO. Yo iré con usted.

AQUIL. No: deja
que yo te anuncié primero.

AMADEO. Pero señor...

AQUIL. No resistas
la voluntad de tu suegro.
Espérame aquí.—¡Juanita!—
Aquí está el loco.—Hasta luego.
(Se va corriendo por la izquierda.)

ESCENA IX.

AMADEO: RAMÍREZ.

RAM. (Llegando por la derecha.)
El bribón de Jorge, contra
lo que yo tengo dispuesto
deja á mis enfermos juntos:
voy à darle un vapuleo...

AMADEO. (No me encuentro muy tranquilo:
este loco me dá miedo.)

RAM. ¡Pobre Rosales!

AMADEO. (Contemplándole detenidamente.) (Me mira:
evitemos el encuentro.)

(Al intentar huir, Ramírez lo detiene.)
¡Dios me ampare!

RAM. Amigo mío,
puede usted tomar asiento.
Tenemos que hablar.

AMADEO. Mil gracias.

RAM. Vá usté á sufrir un ligero
interrogatorio; todo
será cosa de un momento.

AMADEO. (¡Pobre señor! Ya no hay duda
(Observándole.)
de que tiene el cráneo seco.)

RAM. (De igual modo.)
Los párpados azulados,
entrecortado el aliento:
esa boca... esa naríz...
en el rostro lleva impreso
el sello de la demencia.
(Amadeo intenta escapar: Ramírez le detiene y obliga á sentar)
Este usted quieto.

AMADEO. ¿Eh?

RAM. ¡Quieto!
Á ver el pulso.

AMADEO. ¿Qué?

RAM. El pulso.

AMADEO. Pero hombre, si yo estoy bueno.

RAM. Sea usted dócil, por Dois.

AMADEO. Pues señor, no hay más remedio.

RAM. Lleno y desigual... mal síntoma.
Joven, sea usted ingénuo
y responda á mis preguntas
sin ambajes ni rodeos.
Vamos á ver: al fijar
la atención en un objeto
cualquiera, y después en otro,
sabe usted á punto cierto
distinguir las cualidades
analógicas entre ellos?
¿Tiene usted conciencia íntima
de lo que le estoy diciendo?

AMADEO. Sí señor: á usted sí que

se le ha barajado el seso.

RAM. ¡Esto sí que tiene gracia:
cree que soy el enfermo!
¡Pobre joven!

AMADEO. (Si pudiera
tomar las de Villadiego.)

RAM. Poco á poco: todavía
no hemos entrado de lleno...

AMADEO. (Ya me va cargando á mí
la pesadez de este viejo.)

RAM. (Abordemos el asunto.)
Mis grandes conocimientos
sobre las fuerzas vitales
que animan al orbe entero,
me permiten penetrar
el insondable misterio
de la muerte.

AMADEO. ¡Caracoles!

RAM. Cuanto existe y tiene cuerpo
organizado, sé que es
mortal y perecedero.
Ahora bien: si llora usted
la muerte de algún objeto
amado; y últímamente,
si es su dolor tan intenso
que obstruyendo los sentidos
perturbe su entendímiento
y el natural ejercicio
de las funciones del cuerpo
influyen en las del alma,
y lesionando el cerebro
aplanan la voluntad,
no hay que desmayar por eso;
no hay que perder la esperanza;
no hay que dudar un momento;
no hay que arrojarse en el surco;
no hay que malgastar el tiempo;
no hay que oponer resistencia;
no hay que renunciar al médico.
No hay...

AMADEO. Ya no aguanto más.

Si no me marcho, le pego.
(Se va corriendo.)

ESCENA X.

RAMÍREZ: JUANA.

RAM. ¿Eh? ¡Caballero Rosales!
Aguarde usted un momento.
Échale un galgo: éste es uno
de mis más graves enfermos.
Voy á mandar que le aten
de piés y manos.
JUANA. ¿Qué es esto?
RAM. Esto es que el pobre Rosales,
el pariente del banquero,
se halla tan fuera de juicio
que no hay para él remedio.
JUANA. ¡Pobre joven!
RAM. Yo he tratado
de atraer su pensamiento
hacia la sensible pérdida
de su idolatrado dueño;
y no he podido fijar
su idea un solo momento.
JUANA. ¡Infeliz! ¿Con que el amor
le ha reducido á ese extremo?
RAM. Amor ardiente y voráz:
necesito á todo riesgo
curarle.
JUANA. No omita usted
medio alguno para ello.
RAM. Me ocurre una idea: es fuerza
someterle á un tratamiento
original, que produzca
maravillosos efectos;
y tú eres quien va á encargarse
del plan curativo: creo
que una entrevista contigo...
JUANA. ¿Conmigo?
RAM. No tengas miedo:
en que te finjas su amada...

le conmoverá en extremo.
Abiertas por tí en su alma
las fuentes del sentimiento,
su apenado corazón
irá descargando el peso
que le oprime; á su cabeza
volverá el juicio: los centros
nerviosos se esponjarán,
y quedará como nuevo.

JUANA. Pero papá...

RAM. No repliques.
Él estará recorriendo
el jardín: ponte al piano.
La música es el beleño
de las penas: canta algo
entre cómico y patético.
Voy á mi laboratorio
á preparar al momento
un calmante, por si logran
conmoverle tus acentos.
Atráele: y sobre todo,
no le contradigas.

JUANA. Bueno.

(Ramírez se va por la derecha.)

ESCENA XI.

JUANA: AMADEO.

JUANA. Forzoso es obedecer
á mi padre. Allí le veo.
¡Pobre joven! Quiera Dios
que le conmueva mi acento.

(Entra en el pabellón y se sienta al piano. Al poco tiempo de empezar á cantar, llega Amadeo por la izquierda.)

MÚSICA.

Mece las flores
de mi ventana
la dulce brisa

de la mañana.
Los ruiseñores
del valle van
lanzando trinos
de amante afán.
Tú eres la brisa,
yo soy la flor;
yo el valle ameno
tú el ruiseñor.

AMADEO. (Atraído por la canción.)
¡Oh, qué suave
linda canción;
qué buen estilo,
qué dulce voz!

JUANA. Tú eres la brisa.

AMADEO. Tú eres la flor.

JUANA. Yo el valle ameno.

AMADEO. Yo el ruiseñor.
(Llamándola.) ¡Señora!

JUANA. (Saliendo á la escena.) ¡Caballero!

AMADEO. ¡Oh, qué linda criatura!
¡Qué mirar tan hechicero!

JUANA. ¡Qué simpática apostura!

AMADEO. ¿Es usted, mi dulce bien?

JUANA. Calme usted su amante afán.

AMADEO. Yo me doy el parabién.

JUANA. Es un loco muy galán.

AMADEO. ¿Sabe usted quién soy?

JUANA. ¿No lo he de saber?

AMADEO. Ya somos desde hoy
marido y mujer.

JUANA. (Mi misión aquí
es obedecer,
y decir que sí,
y dejarle hacer.)

AMADEO. ¡Oh, qué felices
vamos á ser;
yo tu marido,
tú mi mujer!

JUANA. Ya me tutea:
¡qué franco es!
Si esto hace ahora,

¿qué hará después?

—

AMADEO. Por tí. yo haré mil extremos,
por mí, tú harás muchos más:
y tú serás mi zagala,
y yo seré tu zagal.
Y aquí,
y allí
iremos del brazo
cogidos así.
(Cogiéndola del brazo y paseando.)
Y tú
verás
la gente envidiosa
que viene detrás.
En testimonio
de amor leal,
tu linda mano
dame á estrechar.
JUANA (Es de mi padre
la voluntad,
y en contrariarle
haría mal.)
AMADEO. Es hechicera.
JUANA. Es muy galán.

—

LOS DOS. Por tí, yo haré mil extremos,
y tú harás muchos más:
y tú serás mi / y yo seré tu } zagala
y tú serás mi / y yo seré tu } zagal.
Y aquí,
y allí
iremos del brazo
cogidos así.
Y tú
verás
la gente envidiosa
que viene detrás.

———

HABLADO.

AMADEO. ¿Conque es el doctor Ramírez
tu padre, y tú eres su hija?
JUANA. Si: (Verdad de Pero-Grullo.)
AMADEO. ¡Juana!
JUANA. (Alejándose escamada.)
No estoy muy tranquila.
AMADEO. ¿Por qué te alejas de mí?
¿No me respondes, Juanita?
JUANA. Y sabe cómo me llamo.
AMADEO. Pensé en tí toda la vida:
¡cuántos años esperé
esta codiciada dicha!
JUANA. ¡Oh, cuántos! (Dice mi padre
que en nada le contradiga.)
AMADEO. Acércate; ya que están
nuestras almas tan unidas.
Unamos los corazones
en vínculo estrecho; mira:
pon aquí tu mano. Ves
el mio cómo palpita?
¡Tic, tac! ¡Tic, tac!
JUANA. ¡Si: tic, tac!
Más vale tomarlo á risa.
AMADEO. Quiero desquitarme ahora
de las fieras agonías
de tan larga ausencia.
JUANA. Basta:
¡caramba, cómo se arrima!
AMADEO. ¿Me amas?
JUANA. ¿Puede usted dudarlo?
AMADEO. ¿No me tuteas, Juanilla?
JUANA. Ya emplea el diminutivo.
AMADEO. Tutéame, vida mía.
JUANA. Bien: más no te acerques tanto.
AMADEO. Ven; no seas tan esquiva:
yo quiero besar tus plantas.
JUANA. Poco á poco.
AMADEO. De rodillas...
JUANA. (Ya le acomete el furor.

Y cómo se le encandilan
los ojos!)—Levántate.

AMADEO. Bien: yo haré lo que tú digas.

JUANA. (¡Qué dócil es!... ¡Y qué guapo!
(¡Y con qué juicio se explica!)

AMADEO. Para calmar la ansiedad
que mi corazón agita,
exijo de tí una prueba
de amor.

JUANA. Según lo que pidas.

AMADEO. Dáme á besar esa mano.

JUANA. ¡Vaya! (Dándosela.) (¿Quién le contraría?)

AMADEO. Otro más.

JUANA. Basta.

AMADEO. Bien. —Ahora,
en prenda de unión bendita,
un abrazo.

JUANA. ¿Qué?

AMADEO. Uno solo:
si te niegas, me asesinas.

JUANA. (Otro nuevo acceso: es fuerza
ceder, á ver si se alivia.)
Vaya el abrazo.

AMADEO. (Abrazándola frenéticamente.) ¡Oh, ventura!
¡Oh, gozo, oh, placer, oh, dicha!

JUANA. ¡Basta por Dios!

AMADEO. Bueno: ahora...

JUANA. No: lo que es ahora no insistas.
Si le doy cuerda, no acaba
de pedir en todo el dia.

ESCENA XII.

JUANA: AMADEO: D. AQUILINO.

AQUIL. ¡Bien!

JUANA. ¡Don Aquilino! (Huye por la derecha.)

AQUIL. Creo
que abrazabas á mi hija.
Bueno: no pienses que voy
á reñirte ni á reñirla.

Eso es natural: habreis
apurado la bebida
que os preparé, y el amor
ha estallado echando chispas.
No quiero que se dilate
vuestra unión; voy en seguida
á escribir á mi notario.

AMADEO. ¿Tan pronto?

AQUIL. Al punto.

AMADEO. ¡Oh, delicia!

ESCENA XIII.

AQUILINO: AMADEO: JORGE.

JORGE. (Llegando receloso por la izquierda.)
Hablar con este hombre, es
como hablar con una esquina.—
(Acercándose con precaución á Amadeo.)
Señor.

AMADEO. ¿Eres tú, zopenco?

JORGE. (Me ha conocido: esto indica
que está mejor.)—Vengo á ver
¿qué es lo que usted determina
que se haga con su equipaje?

AMADEO. ¡Ah, sí! Tráemele en seguida.
Ven conmigo.

JORGE. ¿Á dónde?

AMADEO. ¡Bruto!
Á la estación.

JORGE. (Cerrándolo el paso.) No hay salida.

AMADEO. ¿Qué?

JORGE. Que de aquí no se sale
como no se lo permita
el doctor.

AMADEO. ¿Te has vuelto loco?
(Acercándose á D. Aquilino, quien se ha sentado delante de un velador, tomando apuntes en una cartera.)
Dígame usted, ¿por desdicha
ese estúpido se halla

también tocado?

AQUIL. Una pizca.

JORGE. ¡Anda! ¡Creen que soy yo el loco!
¡qué lástima de paliza!

AMADEO. Echa á andar, pronto: que tengo
que ponerme una levita.

JORGE. Voy á encerrarle.—Entre usted
por aquí.

AMADEO. ¿Por aquí?

JORGE. (Le encierra bajo llave.) Aprisa.
¡Ajajá! Lo que es ahora
ya no te escapas.

AQUIL. (Saliendo súbitamente de su distracción.)
¡Albricias!
Ahora acabo de encontrar
una fórmula precisa
para que no haya en el mundo
ni órden, ni amor, ni familia.

ESCENA XIV.

AQUILINO: RAMÍREZ: JORGE: JUANA: AMADEO.

AMADEO. (Asomándose á la ventana de la izquierda.)
¿Quién me ha encerrado? Ó me sacan
pronto de aquí, ó hago trizas
la puerta.

RAM. (Llegando con Juana.)
¿Qué hay?

JUANA. ¿Qué sucede!

JORGE. Es el nuevo pensionista:
le ha dado el acceso, y yo
le he encerrado.

RAM. ¿Pero olvidas
que están mis armas de caza
en ese cuarto?

AQUIL. (Contemplando lo sucedido.) ¡Ay, qué risa!

RAM. ¡Vete, animal! (Jorge se va corriendo.)

AMADEO. (Apuntando á Ramírez con una escopeta.)
¿Usté ha sido?
Le voy á hacer á usté harina.

RAM. (Huyendo.) Aparte usté esa escopeta.

AQUIL. (Acercándose á Amadeo.)
Afina la puntería.
JUANA. Yo le traeré á la razón.
RAM. No te acerques.
AMADEO. ¡Ah, Juanita!
¿Eres tú? Me han encerrado:
¿no ves? Cualquiera diría
que me toman por un loco.
RAM. Que está de remate, hija.
AQUIL. ¡Uy! ¡Cómo está! ¡Al loco! ¡Al loco!
Á ponerle lo camisa
de fuerza.
AMADEO. ¿También usted?
¡Suegro!
AQUIL. (Tendiéndole los brazos.) ¡Yerno de mi vida!
AMADEO. ¡Loco estoy! ¡Loco de amor!
RAM. ¡Lo confiesa!
JUANA. ¡Pobre víctima!
Deje usted el arma.
AMADEO. Bueno.
Yo haré cuanto tú me digas.
JUANA. Ya se ha pasado la crísis.
RAM. ¡Sin verlo no lo creería!
¡Qué influencia ejerce en él!
AMADEO. Abre aquí.
(Juana abre, y Amadeo se arroja al salir en sus brazos.)
¡Prenda querida!
RAM. (Interponiéndose.) Poco á poco.
AQUIL. (Gritando más que todos.) No hagas caso.
Deja á ese viejo estántigua
y venid los dos conmigo.
RAM. ¡No toque usted á mi hija!
AQUIL. (Tirando de Juana y de Amadeo por un lado y Ramírez por el otro.)
¡Vendrá conmigo!
RAM. ¡No irá!
JUANA. ¡Por Dios!
AMADEO. ¡Juana!
RAM. ¡Quieto!
AQUIL. ¡Aprisa!

MÚSICA.

Hablando todos á un tiempo con la mayor rapidez.

RAM. Que le cuadre
ó no le cuadre,
que le siente
bien ó mal,
nadie sale
de esta casa
sin mi expresa
voluntad.
Como usurpe
usted mi nombre
y mi fuero
paternal,
le encamiso
y amordazo
y le encierro
sin piedad.

AQUIL. Que usted quiera
que no quiera,
que le siente
bien ó mal,
yo me marcho
de esta casa
por mi expresa
voluntad.
Como usurpe
usted mi nombre
y mi fuero
paternal,
le encamiso
y amordazo
y le encierro
sin piedad.

AMADEO. Yo te quiero,
yo te adoro,
me enloquece
tu beldad.
No habrá nadie
que me pueda

tu hermosura
disputar.
Yo estoy ciego:
yo estoy loco:
yo no veo
ni oigo ya:
si no premias
mi cariño,
yo me mato
sin piedad.

JUANA. ¡Qué locura
tan horrible!
¡qué manera
de gritar!
Ya no hay nada
que consiga
su arrebato
moderar.
No hay amante
más resuelto,
más rendido,
más galán:
si no premio
su cariño
va á matarse
de verdad.

HABLADO.

RAM. ¡Yo mando aquí!
AQUIL. ¡Aquí no hay
más voluntad que la mía!
AMADEO. ¡Caballero!...
RAM. ¡Aparte usted!
AMADEO. ¡Suegro!
AQUIL. ¡Yerno!
JORGE. (Dentro.) ¡Ay! ¡Ay!
RAM. ¿Quién chilla?

ESCENA XV.

LOS MISMOS: JORGE.

RAM. ¿Qué hay de nuevo?
JORGE. Hay, que usted
pretende curar manías
ajenas, siendo usté el loco
mayor que he visto en mi vida.
Que ha llegado el verdadero
Rosales, en compañía
de un criado, y en cuantito
que me echó la vista encima,
se me abalanzó al pescuezo
y á poquito más me *afixia*.
AQUIL. ¡Un loco! Voy á ofrecerle
mis servicios en seguida. (Sale corriendo.)
RAM. Entonces, ¿quién es usted?
AMADEO. ¿Ahí estamos todavía?
Amadeo Bustamante.
RAM. Dispense usted la acogida..
Conque eres tù... yo esperaba
á un pobre insensato, víctima
del amor...
AMADEO. Yo me declaro
loco de amor por Juanita.
¿Y ese señor?
RAM. Es un pobre
demente, cuya manía
observarás, si te quedas
en casa.
AMADEO. Toda mi vida.

MÚSICA.

AQUIL. (Llega con la mayor agitación, y dirigiéndose al público, exclama:)
Señores, por favor,
el loco viene aquí:
aplaquen su furor,

y dénme el juicio á mí.
Con loca pesadez,
aquí pretende entrar.
Por una sola vez
permítanle pasar.

TODOS. Por una sola vez
permítanle pasar.

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Pecados veniales.—Comedia en tres actos.
Uno de tantos.—Comedia en un acto.
La hija del pueblo.—Zarzuela en dos actos.
Un retrato á quema-ropa.—Comedia en un acto.
El tambor.—Zarzuela en un acto.
La hija del regimiento.—Zarzuela en tres actos.
Á los piés de usted, señora.—Comedia en un acto.
Nativa.—Drama en tres actos.
La voluntad de la niña.—Zarzuela en un acto.
Marta.—Zarzuela en cuatro actos.—(En colaboración con Don Manuel del Palacio.)
La mula de mi doctor.—Comedia en un acto.
La reina Topacio.—Zarzuela en tres actos.
Plaza sitiada...—Proverbio en un acto.
La hija del contrabandista.—Zarzuela en un acto.
La sombra de Pipelet.—Zarzuela en tres actos.
Don Ramon de la Cruz.—Drama en un acto.
Amor, honor y poder.—Comedia en tres actos.—(Refundición.)
Á partir con el diablo.—Zarzuela en tres actos.
Las amazonas del Tormes.—Zarzuela en dos actos.
Propósito de mujer.—Zarzuela en un acto.
Antes del baile, en el baile y despues del baile.—Zarzuela en un acto.—(En colaboración con D. Manuel del Palacio.)
Los diamantes negros.—Zarzuela en tres actos.
Una memoria bendita.—Comedia en tres actos.
Café-teatro y restaurant-cantante.—Zarzuela en un acto.
Derecho de reunion.—Comedia en un acto.
La buena causa.—Drama en un acto.
Cumplir con su obligación.—Comedia en tres actos.—(Refundición.)
Una noche en el castillo.—Zarzuela en un acto.
La Vírgen de la Paloma.—Drama en cinco actos.—(En colaboración con D. Julio Nombela.)
Esos son otros Lopez.—Comedia en un acto.

La cuestión de Oriente.—Zarzuela en un acto.—(En colaboracion con D. Ramón Rodríguez Correa.)
Desde la Granja á Segovia.—Comedia en dos actos.
Herida en el alma.—Drama en un acto.
Galatea.—Zarzuela en dos actos.—(En colaboración con D. Francisco Camprodon.)
El secreto á voces.—Comedia en tres actos.—(Refundición.)
La fiesta del hogar.—Comedia en tres.—(En colaboración con D. Ricardo Puenta y Brañas.)
Los pretendientes.—Comedia en un acto.
El leon en la ratonera.—Zarzuela en un acto.
Los dos sargentos franceses.—Zarzuela en tres actos.
El mágico prodigioso.—Comedia en tres actos.—(Refundición.)
La morena y la rubia.—Comedia en un acto.
El jornalero.—Comedia en dos actos.
Á San Isidro por hombres.—Comedia en dos actos.—(En colaboración con D. Ricardo Puente y Brañas.)
Sobre ascuas.—Zarzuela en tres actos.
El primer negocio.—Comedia en tres actos.
Los ardides de la niña.—Comedia en un acto.
Juana, Juanita y Juanilla.—Zarzuela en tres actos.
El castigo sin venganza.—Comedia en tres actos.—(Refundición.)
La buena ventura.—Zarzuela en tres actos.
El cepillo de las ánimas.—Zarzuela en tres actos.
La banda del rey.—Zarzuela en tres actos.
Las hazañas de Hércules.—Zarzuela en tres actos.
El inspector del distrito.—Comedia en dos actos.
La cruz de Mayo.—Cuadro de costumbres populares, en un acto, divididos en cinco cuadros.
La Nuera.—Comedia en tres actos.
Locos de Amor.—Zarzuela en un actos.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.